

*MACROMAGNITUDES E INDICADORES AGREGADOS DE ACTIVIDAD AGRARIA. METODOLOGÍA Y PROBLEMAS DE CUANTIFICACIÓN.*

*El desarrollo agrario en la España  
de la época preestadística: Una frontera  
metodológica y conceptual*

*Bartolomé Yun Casalilla*

Como señalábamos ya en la convocatoria de la sección que, bajo este mismo título, se celebró en el VII Congreso de Historia Agraria de Baeza (31 de mayo al 3 de junio de 1995), los indicadores sobre la actividad del sector se han movido en un doble plano y bajo presupuestos diversos. Si para la época contemporánea ha predominado el análisis de los grandes agregados a escala nacional (producto agrario, superficie cultivada, rendimientos, etc.)<sup>1</sup>, por lo que se refiere al período preestadístico, lo habitual ha sido el estudio de series decimales generalmente referidas a un conjunto de localidades y con unos criterios estrictamente indicativos. Se ha circunscrito tal estudio además a la consideración de las fluctuaciones de las cosechas de productos determinados, especialmente el trigo y la cebada, analizadas de forma que difícilmente pueden llevarnos, por sí mismas, a una cuantificación global del com-

---

*Artículo recibido en Redacción: Abril de 1996.*

*El presente texto constituye una reelaboración de los comentarios del autor a diversos trabajos presentados al VII Congreso de Historia Agraria, celebrado en Baeza (Jaen) y organizado por el Seminario de Historia Agraria y el área de Historia contemporánea de la Universidad de Jaen. En concreto se trata de las comunicaciones de Zulaica Palacios, Fernández González, Coronas Vida, Ibáñez Rodríguez, Peris Albertosa, Pérez García, Gutiérrez Bringas, Barquín Gil y Gamero y Parias, todas ellas referentes con prioridad a la etapa anterior a 1850. Otras tantas comunicaciones sobre el período 1850-1990 fueron comentadas por J. Pujol. Aunque la sección fue concebida como un todo, evito aquí, por esa razón, cualquier comentario a estos últimos.*

*Bartolomé YUN CASALILLA es profesor Titular de H.<sup>ª</sup> e Instituciones Económicas. Dirección para correspondencia: Departamento de Historia e Instituciones Económicas. Facultad de Ciencias Económicas y Empresariales. Avda. Carretera Valle de Esqueva, 6. (Universidad de Valladolid). 47011 Valladolid.*

<sup>1</sup> La reconstrucción más reciente y más valiosa al respecto es, sin duda, la del GRUPO DE ESTUDIOS DE HISTORIA RURAL, *Estadísticas históricas de la producción agraria española, 1859-1935*. Madrid, 1991.

portamiento del sector. Tal dicotomía no es exclusiva de nuestro país. Ya desde hace tiempo, las publicaciones de los modernistas de toda Europa se han centrado en el análisis de las series decimales a escala regional o comarcal sin ninguna pretensión de reconstruir el producto agrario en términos agregados <sup>2</sup>. En contraste, los historiadores de la economía dedicados a épocas más recientes han utilizado todo tipo de estadísticas con el fin de calcular las grandes cifras del sector e incluso las han agregado a las de otros con vistas a medir la evolución de la economía nacional en su conjunto. El problema, presente también en toda Europa, se ve agravado en nuestro caso por el hecho de que, en un país con estadísticas decimonónicas tan frágiles como las nuestras, tal duplicidad de perspectivas crea una profunda y por el momento no colmatada laguna en nuestros conocimientos sobre el período crucial de los inicios del crecimiento económico moderno; una laguna, además, que impide establecer estimaciones mínimamente fiables, no ya sobre la evolución del sector agrario, sino sobre el ritmo de crecimiento de la economía nacional y de las distintas regiones peninsulares.

La intención principal de esta sección era, justamente, sobrepasar ambas fronteras mediante análisis que permitieran un enlace y una aproximación entre los dos períodos y que, por fuerza, habrían de pasar por una renovación metodológica desde ambas perspectivas. La forma de llevar esto a cabo -se entendía por parte de los relatores- habría de consistir en promover el estudio de variables válidas para ambos períodos o la aplicación de métodos predominantes en cada uno de ellos al otro; esto último siempre en la medida en que el diferente tipo de fuentes, ligado por lo demás a la realidad de cada una de esas épocas y por tanto sujeto a cambios drásticos a raíz de la crisis del Antiguo Régimen, lo permitiera. Se pensaba, por ejemplo, que podría ser útil la selección de variables susceptibles de ser estudiadas en el muy largo plazo, como la productividad del trabajo o las explotaciones -a veces incluso a través de análisis a nivel microeconómico si las exigencias documentales lo imponían- o el estudio de los precios tanto de factores como de productos. Y en sentido inverso se creía asimismo que podría dar buenos aunque provisionales resultados la aplicación -por fuerza muy grosera- de alguna de las categorías básicas de la contabilidad nacional a los períodos preestadísticos. En el peor de los supuestos, todo ello sería una forma de abrir un debate metodológico, hoy por hoy inexistente, que requiere un diálogo abierto entre economistas e historiadores y una contrastación de las distintas categorías y métodos usuales entre ambos.

El resultado fue más de una treintena de comunicaciones -de las que, como he dicho, me referiré tan sólo a las relativas al período anterior a 1850- que, si por un lado reflejan el interés del tema, por el otro son más bien una consecuencia de maneras muy diferentes de entender el problema de las macromagnitudes y el uso que se puede hacer de ellas de cara al análisis del sector agrario tanto a escala nacional como regional.

\* \* \*

Resulta difícil exagerar los avances experimentados en el plano de la medición de la actividad agraria en las distintas regiones peninsulares durante la época moderna. A trabajos pioneros de tipo general, como los desarrollados por Anes a fines de

---

<sup>2</sup> Véase sobre todo el ya clásico Goy, J. y E. LE ROY LADURIE (1969).

los años sesenta, han seguido una multitud de estudios de carácter regional que han analizado con éxito diverso la evolución de indicadores como el diezmo, la renta de la tierra, la población rural, los precios de los productos agrícolas, e incluso en algunos casos los rendimientos de la tierra y los salarios. Tales estudios han llevado a interpretar los mecanismos de expansión y recesión agraria a partir de formulaciones que van desde los más rígidos planteamientos maltusianos a los que se remiten a las relaciones sociales o al marco institucional y geográfico predominante en cada área.

Pero es evidente que tan importantes avances son insuficientes a la hora de contestar algunas de las preguntas fundamentales que hoy se plantean los historiadores de la economía.

Desde la perspectiva de la investigación internacional una de las más interesantes es la que tiene que ver con el carácter y dimensiones del crecimiento económico, y más particularmente del crecimiento agrario, en las sociedades preindustriales.

¿Estamos ante sociedades en las que se registran tan sólo fluctuaciones coyunturales en torno a un techo de crecimiento muy bajo y donde el estancamiento técnico lleva a una simple sucesión de ondas tan sólo rotas por la industrialización y el desarrollo del capitalismo? Desde luego, esa es la idea que durante mucho tiempo ha estado presente de forma explícita o implícita entre muchos historiadores. Una de las obras más influyentes del período ha hablado de una economía que no sabía "ni augmenter, ni renouveler ses stocks (...) de bonnes terres (...) et de progrès techniques" (Le Roy Ladurie, 1966: 540). De ahí, se decía, que entre 1300 y 1700 se viviera una situación de fluctuaciones dentro de una estabilidad en el largo plazo que, como ha indicado Angus Maddison, quizás uno de los críticos más agudos a estas visiones rígidamente maltusianas, ha sido lo que ha permitido hablar de "histoire immobile" (1986 19-25, 1991: 16-17); un concepto que, si bien implícitamente y algunas veces absorbido por puro oído, ha estado muy presente entre nuestros agraristas de esa época. Más aún, aunque desde perspectiva totalmente diferente, historiadores nada sospechosos de sujetarse a los puros clichés y muy rigurosos a la hora de intentar cuantificar el crecimiento en las sociedades preindustriales, como Blomme y Van der Wee, han estimado recientemente que el producto "per capita" en Flandes y Brabante entre 1500 y 1812 apenas si creció en términos acumulativos a un ritmo anual del 0,14% y tan sólo entre 1510 y 1560 lo hizo a un 0,32, predominando durante todo el período ratios por debajo del 0,17. Y no es extraño que los propios autores atribuyan este hecho a que "in pre-industrial economies, economic growth could never be spectacular, as technological progress was still too limited, in particular in the field of energy" (1994: 91-3).

Tales ideas, predicadas como se ve incluso para una de las economías con bases agrarias más sólidas y flexibles de Europa, contrastan, sin embargo, con líneas claramente revisionistas y cada vez más en boga. Sin proceder a cuantificaciones, E. Jones ha defendido, en un libro destinado a comparar Europa con Asia, propuestas bien diferentes. Habla él de "miríadas de pequeños cambios en el diseño técnico" y de "un cambio implacablemente progresivo" que habrían tenido un "impacto acumulativo" y que, junto a "mejoras organizativas" que "se produjeron en Europa con anterioridad a la Revolución industrial" habrían situado éste continente en la rampa de lanzamiento para ésta y en una posición de liderazgo económico respecto a otras civilizaciones.

Tales procesos además -hay que señalar para lo que aquí más nos interesa- parecen haber sido especialmente importantes en la agricultura, donde abundan las "mejoras en la productividad (...) con anterioridad a la gran oleada de industrialización" (1990: cap. 3). Más aún, al igual que ocurría con la posición anterior, es ésta una manera de pensar que se ha pretendido corroborar con cifras. En varios de sus trabajos para Inglaterra, Snooks ha calculado un aumento acumulativo de la renta "per capita" entre 1086 y 1688 de un 0,3% al año, lo que, considerando las fluctuaciones intermedias, supone la existencia de largos períodos de expansión de hasta un 1,6%, como el que se da entre 1490 y 1560; un ritmo que estaría incluso por encima del 1,4 y 1% que se da en 1830-70 y 1870-1913 respectivamente (1994: 26-28). Todo lo cual le ha llevado a cuestionar de forma explícita el papel desempeñado por la Revolución industrial en la Historia en un libro que recoge a su vez planteamientos críticos de otros historiadores <sup>3</sup>.

Ahora bien, una contrastación de estas ideas para el caso español exige una medición más ambiciosa y metodológicamente diferente -también, sin duda, más arriesgada- de la evolución del producto agrario. Se precisa, sobre todo, sobrepasar el nivel estrictamente regional -como han hecho los estudios citados-, y referir nuestros cálculos al producto agrario total para el período anterior a la industrialización, enfoques, de los que -no hay ni que decirlo- carecemos o han dado todavía resultados débiles y muy provisionales.

No son menos decisivos los interrogantes que hoy tenemos planteados desde una perspectiva más estrictamente peninsular. El más interesante, actual y se diría que inquietante de todos ellos, es el que se refiere a las dimensiones del crecimiento y el papel de la agricultura en la industrialización española <sup>4</sup>. Se trata en este caso de una cuestión que se sale de los comentarios que a mí me corresponden, pero que afecta de lleno a nuestras estimaciones de actividad agraria durante la época moderna. Porque es evidente -y así se viene reiterando por todos los especialistas en la industrialización- que, para llegar a afirmaciones en tal sentido, habría que conocer la situación exacta de fines del siglo XVIII a la que remitir las cifras del XIX.

Por lo que se refiere a la época moderna en sí, no quedan ahí las cosas. El conocimiento de lo ocurrido en el siglo XIX exige un análisis diferente de la evolución anterior a 1800. Hay que conocer mejor cuándo, exactamente y en qué términos, se inicia el ciclo expansivo que ayudará a la industrialización y al crecimiento agrario contemporáneo, al objeto de periodizar el crecimiento general y poder aislar sus fases de cara a descubrir los factores en él intervinientes. Y conviene, desde luego, determinar las diferencias regionales al respecto, porque las posibilidades de crecimiento de cualquier país a partir de 1700 no se pueden conocer tampoco sin partir del diferente peso específico de cada una de las áreas y de la posición de las zonas más desarrolladas en el conjunto de la red de relaciones económicas intrarregionales,

---

<sup>3</sup> Véanse los distintos estudios en SNOOKS, G. D. ed. (1994).

<sup>4</sup> Por citar tan sólo un eslabón de un largo debate que tiene una de sus piedras angulares en los trabajos de PRADOS (1988; 1989) y SIMPSON (1989a; y 1989b), véase los requerimientos que a tal efecto plantean dos especialistas en historia industrial en NADAL y SUDRIÀ (1993: 202-205).

como recientemente ha recordado de nuevo Sidney Pollard, (1994: 75-77). Más aún, la interpretación de lo ocurrido entre 1800 y 1900 -y ahí es donde no abundan las reflexiones hasta ahora- no se debe remitir tan sólo a las comparaciones con otros países sino también a la situación precedente, lo que exige medir ésta en términos similares. Quizás el ejemplo más claro a este respecto lo constituya Inglaterra, donde las ideas sobre la industrialización y su carácter revolucionario han evolucionado en buena medida -aunque no exclusivamente- en función del análisis de lo ocurrido en el siglo XVIII.

Hay cuestiones más específicas por contestar a medida que nos alejamos en el tiempo. Uno de los aspectos más debatidos hoy es el de la llamada "crisis del siglo XVII". De ella se subrayan las diferencias regionales e incluso se tiende a relativizar su intensidad a partir de la consideración de éstas. Se ha manejado asimismo la hipótesis de la existencia de reajustes y cambios en la composición del producto agrario que pueden haber compensado fluctuaciones en la evolución de cultivos cuyos indicadores hemos acumulado con preferencia, como el trigo o la cebada. Todo ello obliga a cálculos más agregados donde se intente reconstruir -por ejemplo- el producto agrario total, su expresión en términos "per capita", o variables como la productividad por activo en el sector. Y esto, no sólo a escala regional o en un espacio geográfico determinado, campo en el que más se ha avanzado aunque sin estimaciones de conjunto por el momento, sino también intentando -con la prudencia que aconsejan las precisiones que más adelante se harán- la reconstrucción de cifras suprarregionales. Porque, en efecto, los análisis disponibles no nos aclaran, ni para éste ni para otros períodos en que así lo exigiría un conocimiento como el que necesitamos ahora, hasta qué punto, cuando ponemos en relación los indicadores de actividad agraria de una zona con otras variables como la evolución de la población -por ejemplo, diezmos con bautismos- , no ha habido mecanismos de compensación provocados por flujos entre unas áreas y otras y procesos de especialización paralelos<sup>5</sup>.

Por último, no hay ni que decir que una contestación a estos interrogantes impone no sólo un cambio en nuestra perspectiva de estudio, en los conceptos que aplicamos a la época moderna o en la forma en que utilizamos o recabamos los datos, sino también en el instrumental analítico y en los conocimientos intermedios de que nos tenemos que dotar. El manejo, por ejemplo, de series de producto agrario total, generalmente presentadas en términos monetarios, exige la elaboración previa de deflatores que nos permitan reducirlas a unidades constantes. La construcción de éstos impone a su vez un análisis de la estructura del consumo y de los cambios en ella, sobre todo si pretendemos analizar evoluciones en el muy largo plazo. Incluso, como veremos, el análisis de las pautas de consumo -y en particular del consumo de productos agrarios- es básico para el cálculo de magnitudes como el producto agrario total, como demuestra el uso que de ello vienen haciendo algunos de los trabajos citados más arriba.

---

<sup>5</sup> Este es un límite claro que cabe reconocer en los estudios realizados con tales presupuestos como los de YUN (1987: 429-35; 1993; 269-72) y BRUMONT (1993; 269-72).

¿Qué se puede decir desde tal perspectiva y a la luz de esta problemática sobre los trabajos referentes al período preindustrial presentados a esta sección?

Empecemos por las cuestiones de base. Zulaica Palacios y Fernández González presentan sendas comunicaciones de honda orientación metodológica. Trae el primero a discusión parte de las ideas -a veces expuestas de manera un tanto repetitiva respecto de la misma publicación que le sirve de base- ya desarrolladas en el libro que, después de aceptada esta comunicación, ha dedicado a los precios y salarios en el Aragón Bajomedieval. Se trata de coleccionar precios aragoneses, y en concreto de Zaragoza, de los siglos XIV y XV, procedentes de distintas fuentes y, cubriendo lagunas mediante correlaciones entre ellos, presentar un índice ponderado según el peso de los distintos productos en el consumo. Se realiza todo ello con vistas a elaborar para el período medieval un deflactor que es construido por métodos hasta ahora tan sólo aplicados -y muy recientemente- a la época moderna (Reher y Ballesteros, 1993). El trabajo del segundo sobre el Catastro de Ensenada en Galicia, tiene un más que notable valor, aparte de por sus conclusiones concretas, por sus precisiones metodológicas de cara al uso de la que es, sin duda, la fuente más importante para el cálculo de las macromagnitudes agrarias de la época Moderna. No hay ni que decir que, amén de por el uso habitual de que ha sido objeto tal fuente y de las discusiones que ha provocado, un planteamiento de este tipo tiene interés por cuanto es el punto de referencia de cara a contestar algunas de las preguntas antes formuladas, ya que se sitúa en un momento estratégico para estudiar la onda expansiva de la economía española que, prolongada por las reformas liberales tras los titubeos coyunturales de principios del XIX, constituyó el trampolín del proceso de industrialización. No es extraño, pues, el calificativo de "piedra angular" que el autor da a la fuente; un calificativo que, desde su perspectiva concreta, parece ratificado por las pruebas de concordancia entre los distintos niveles de información, así como por el análisis de la fiabilidad de sus datos sobre superficie cultivada, población o población activa agraria masculina. Como demostración de sus presupuestos, realiza el autor una serie de comparaciones -plenamente encajadas en lo que, como señalábamos, es uno de los problemas fronterizos más interesantes- entre el producto agrario de 1750 y de 1900 que le sirven para atribuir al conjunto de la Corona de Castilla unos ritmos de crecimiento por activo agrario del 0,47% de media anual; cifra ésta que se aproxima más al 0,4% sostenido por Prados para el período 1800-1900 que al 0,1 propuesto por Simpson, pero que el autor prefiere mantener todavía como resultado provisional (p. 223).

Aunque éstas tengan una intención clara de llegar a resultados concretos, querría aludir al aspecto metodológico de los trabajos de Coronas y Pérez García. Ambos muestran que, a escala regional, es posible establecer comparaciones entre las macromagnitudes agrarias del siglo XVIII y las de la primera mitad del siglo XIX, mediante la utilización de fuentes de tipo fiscal y averiguaciones de la época, que pueden servir para ir cubriendo, poco a poco y siempre que se sometan a la crítica documental necesaria, la laguna a que antes nos hemos referido. Es este un planteamiento al que ya se ha hecho alusión por otros historiadores pero que, incomprensiblemente, no ha sido explotado aún en todas sus posibilidades. En cuanto al segundo,

presenta también la novedad del uso que realiza -combinado con otras fuentes, como el Catastro de Ensenada, los libros de tazmías, etc.- de la documentación de inventarios notariales de cara a estimaciones relativas a la productividad, la composición del producto agrario, los rendimientos y las variaciones en los cultivos, el tamaño medio de las explotaciones y las parcelas, etc.

En otro orden de cosas y con independencia de sus aportaciones metodológicas, otras comunicaciones presentan panoramas sobre la evolución de diversas agriculturas regionales en diferentes momentos. Con una perspectiva en el muy largo plazo, los exhaustivos estudios de Ibáñez sobre La Rioja y de Peris sobre Valencia, parten de trabajos anteriores o de un profundo expurgo de la documentación decimal (sobre todo en el caso del primero), que les permiten reconstruir algunas macromagnitudes, como la evolución de la producción, los cambios en la composición del producto agrario, las fluctuaciones demográficas, etc. , y, a través también de consideraciones de tipo cualitativo, llegar a una visión relativamente optimista de ambos sistemas agrarios: alto grado de orientación al mercado, mejoras graduales en el plano técnico y avances en la intensificación del trabajo, procesos claros de especialización de cultivos a escala comarcal, etc. Se desprende de ellos en consecuencia una visión aparentemente al menos más acorde con las ideas recientes sobre el crecimiento en las economías preindustriales. Y si para el caso de La Rioja Ibáñez aporta pruebas (cuadro II) de que el crecimiento en términos físicos de la producción de vino y cereales es más rápido que el de la población, Peris, pese a las dificultades que implican las mediciones en una agricultura tan diversificada y con una creciente complejidad como la valenciana, nos muestra que su dinamismo del siglo XIX tiene en realidad un precedente y que, además de los avances en el regadío, se había asistido ya con anterioridad a una creciente concentración de la propiedad en arrendamiento favorable a la introducción de mejoras productivas. En su estudio se critican, con un claro sentido revisionista, las visiones pesimistas de la agricultura valenciana en la época moderna, se realiza una periodización en la que, por ejemplo, la "crisis del siglo XVII" se presenta como un fenómeno nada dramático y más próximo a la idea de estancamiento, o se mantiene que los diezmos pierden credibilidad a medida que nos acercamos en el tiempo y se difunden cultivos -a veces industriales y siempre de fuerte vocación mercantil- en los que la evasión es más fácil.

Aunque para el período 1750-1850, también los estudios de Coronas Vida (Burgos) y Pérez García (Vega del Esla), ofrecen una panorámica relativamente positiva sobre el comportamiento del sector agrario. Pese a las importantes diferencias de modelos y métodos, ambos abogan por la importancia creciente del cultivo de las leguminosas y la disminución, lenta pero significativa, del barbecho; así como por la capacidad de las estructuras agrarias tradicionales a la hora de generar un cierto desarrollo que se plasma en la difusión de nuevos cultivos, como la patata, y una mejora -aunque pequeña- de los rendimientos de la tierra, que permiten atender al crecimiento de la población y superar con rapidez las crisis de fines del XVIII y principios del XIX.

Parece, además, que tal impresión desde la óptica de la producción, se ve ratificada por los trabajos de Barquín y Cristina Blanco que se ocupan de la circula-

ción del producto a través del análisis de los precios y el proceso de integración de los mercados durante el siglo XIX. Parten ambos en realidad de fuentes muy diferentes y, mientras que el primero analiza los precios del conjunto norte peninsular desde el Valle del Duero a la cornisa Cantábrica, la segunda se circunscribe al ámbito estricto de Navarra. Pero cada uno a su escala constata fenómenos de un cierto parecido: altos índices de correlación de los precios de los productos agrarios que nos hacen pensar en procesos de integración de los mercados -cuya incidencia en el plano productivo y en concreto en la especialización de cultivos y la productividad por desgracia no estudian- mucho más tempranos de los que se han mantenido tradicionalmente y más concordantes con la propuesta que hace ya unos años hicieron Ramón Garrabou y Jesús Sanz (1985). Y es ésta una idea que, se podría decir, parece también corroborada por algunas de las reflexiones de Gamero y Parias sobre el mayor dinamismo del mercado de la tierra; sobre todo cuando se considera que tal fenómeno no se debe exclusivamente a la venta de tierras desamortizadas y desvinculadas, sino también al aumento -sin duda ligado a aquél y a la formación de un nuevo marco jurídico respecto de la propiedad- de las transacciones no directamente provocadas por esos fenómenos. Desde luego, si nos dejáramos guiar por la hipótesis habitual de que un mayor dinamismo del mercado de factores facilita una más ágil y flexible asignación de éstos al proceso productivo, cabría concluir que ésta es una de las claves del crecimiento económico del siglo XIX y del incremento de la productividad de tales factores. Sea como fuere -y con independencia de las puntualizaciones que se harán a continuación y que se derivan de las propias reflexiones de Gamero y Parias-, se brinda aquí la serie de precios de la tierra más larga de la que disponemos en este momento. Una serie que, por otra parte y siempre que se le dé el uso adecuado, podría servir para mejorar cálculos como los que se realizan en el trabajo de Coll y Gutiérrez Bringas en otra de las comunicaciones presentadas a este coloquio.

Hay sin embargo estudios dentro de la sección y aspectos de estos mismos trabajos que nos deben poner en guardia contra una posición demasiado optimista sobre el crecimiento agrario del siglo XIX. Sin duda, el más decantado hacia esa posición es el de Gutiérrez Bringas, quien somete a debate las estimaciones que, a partir sobre todo de datos de tipo fiscal, viene realizando desde hace algún tiempo<sup>6</sup>. El autor subraya sobre todo la idea de estancamiento en la productividad de la tierra. Y ello, no sólo para el período 1750-1818 (en que sus datos confirman "la idea dominante de estancamiento de la productividad" de este factor), sino también entre 1818 y 1870/80, en que se da una continuidad de esa situación. Tan sólo en el período 1880-1900 se asistirá a mejoras en la productividad, que se moderarán después, pero cuya ralentización pudo haberse visto compensada por un aumento en la productividad del trabajo entre 1900 y 1940. Tal situación -que, como digo, matiza cualquier posición en exceso optimista- nos remite también a consideraciones presentes en

---

<sup>6</sup> Para algunas de las ideas del mismo autor, puede verse el trabajo -ya publicado y algunas de cuyas ideas se reproducen en esta comunicación- sobre la productividad de la tierra en España (GUTIÉRREZ BRINGAS, 1993).

algunos de los trabajos citados más arriba. Hay que recordar, por ejemplo, que Barquín hablaba también del carácter entrecortado del proceso de integración de los mercados, así como de la dependencia respecto a factores políticos e institucionales de signo cambiante; y también Blanco se refiere a un retroceso en el grado de correlación de los precios en Navarra a raíz del levantamiento, en 1841, del cordón aduanero, que podría estar relacionado con la relativa pérdida de "insularidad" en los circuitos y, por tanto, con la mayor influencia de elementos externos que dislocan las correlaciones dentro de la misma provincia, pero que denotan, en cualquier caso, el peso de fenómenos de tipo institucional sobre la correlación de tal magnitud. Más aún, en la misma dirección nos invitan a reflexionar Gamero y Parias, cuando nos recuerdan que la tierra se constituye también como un valor refugio, sujeto a "criterios económicos extraagrarios" y que las inversiones en ella pueden tener carácter fuertemente social (p. 312), lo que obliga a recordar que una dinamización del mercado de este factor e incluso un aumento de las inversiones en esta dirección no implican, necesariamente y por sí mismas, un uso más intensivo de él. Para terminar -y por volver sobre los trabajos de Coronas y Pérez García- no se debe olvidar que ambos autores presentan un panorama optimista, pero con carácter muy ponderado, como impone la persistencia de estructuras agrarias muy tradicionales que se combinan con la crisis de las formas de propiedad típicas del Antiguo Régimen.

Son dos -a mi entender- las cuestiones a plantear a la hora de hacer un balance y orientar la discusión desde una perspectiva general: ¿hasta qué punto estos estudios responden nuestras preguntas anteriores? ¿en qué medida nos brindan un conocimiento más exacto y seguro sobre la evolución del sector agrario hasta 1850? Sin perjuicio de las aportaciones que todos ellos contienen y del alto grado en que representan el estado de nuestros conocimientos y el método de investigación de nuestra historia agraria, me atrevería a proponer, y sobre todo a someter a discusión, algunas cuestiones que me devuelven a las fronteras antes aludidas.

Lo que encontramos aquí -no podía ser de otro modo- es una visión contrastada, se diría que incluso contradictoria, de algunos problemas que quedan a menudo sin resolución. Trabajos como el de Ibáñez nos brindan -a partir de los diezmos- un precioso material sobre la evolución y composición del producto agrario y los cambios operados en ella. Ello hace la pregunta inmediata: ¿porqué no intentar con ellos un ensayo de reconstrucción del producto total agrario a escala de toda la región o de alguna de las comarcas que componen La Rioja? Al referirse a Castilla y contar con ello con cortes y estimaciones sincrónicas tan ricas como el Catastro de Ensenada para 1750 y los Expedientes de Hacienda para la segunda mitad del XVI, ¿porqué no estimar las magnitudes fundamentales en tales momentos de cara a una reconstrucción de las fluctuaciones durante tan largo tiempo? Procedimientos básicos e inmediatos, como el de relacionar la evolución de la producción con la población agraria, son totalmente marginados en un estudio que, por todo ello, aporta tan sólo indicios y no estimaciones que nos sirvan para calibrar la intensidad de la "crisis del siglo XVII" en términos de productividad e incluso de producto total agrario "per capita". Y algo similar se diría de los trabajos de Coronas y Pérez García. El primero no se ocupa -pudiéndolo hacer, puesto que no se trata de sugerir un trabajo totalmente diferente-

de las relaciones entre producto y población, ni del lado del consumo ni del de la productividad, y el segundo podría llegar a cálculos agregados en el mismo sentido. En economías como aquellas convendría además una contrastación entre el producto "per capita" en términos monetarios y en términos físicos, e incluso un análisis en términos calóricos, algo que me parece muy fácil a partir de los datos de Coronas y que no realizo aquí porque creo que es él quien debiera aprovecharlos en ese sentido. Sólo así, por ejemplo, tendremos una idea más precisa de la proporción en que un cultivo, en principio orientado al autoconsumo familiar como la patata, cuya importancia es subrayada por ambos autores, pudo suplir los déficits en la producción de cereal en algunas regiones e incluso liberar para el mercado una parte de la producción campesina de otros productos. Sólo de esta manera podremos disponer de un tercer punto de referencia común que, unido a las estimaciones de producto físico y de producto total agrario en términos monetarios, nos sirva para afinar en cálculos y conclusiones que, aisladamente, o son insuficientes o muy aproximativos.

Todo ello comporta, sin duda, un amplio margen de error; pero probablemente sea éste el único modo de contestar preguntas inaplazables en un campo, donde, como se deduce de lo que vengo diciendo, el error (o si se quiere el sistema de prueba y error en su vertiente más empirista) es el único método de avance. Interesa en tal sentido recordar que cálculos aplicados a otros ámbitos y países, como los realizados por Blomme y Van der Wee antes citados, han seguido procedimientos similares. En su caso, ha sido la reconstrucción de la renta nacional, y por lo que a nosotros más nos interesa del producto agrario, según el catastro napoleónico de 1812 lo que ha servido de base a extrapolaciones guiadas por series de precios y de producción -en unos casos más ricas que las nuestras, pero en otros incluso más pobres-, que se prolongan hacia atrás por más de trescientos años.

Tal tipo de cálculos exige depurar las estimaciones derivadas del uso de las fuentes. Es ahí donde, como se ha dicho, se debe encajar la reivindicación del Catastro de Ensenada que realiza Fernández. Pero esto impone asimismo un alto grado de conocimiento de dicha fuente, por desgracia poco utilizada por los agraristas, en este sentido concreto, desde los trabajos del Grupo '75. Y ello pese a las precisiones que en ese plano han realizado durante los años ochenta algunos colegas, como J. Donézar para Toledo (1984), o pese a la propuesta que hace ya más de una década hiciera Marcos Martín (1985, I: 76-93)<sup>7</sup>. En ese sentido, se ha mantenido la opinión, que me interesaría someter aquí a discusión, de que la coherencia interna de la fuente no es -no debe ser- el único test a tener en cuenta de cara a su uso. Ya hace tiempo que el mismo Pérez García llamó la atención sobre las ocultaciones muchas veces presentes en estimaciones de superficie y productividad (1983) y análogamente y en ese mismo sentido se deben interpretar las reservas de Donézar en cuanto a la clasificación por utilidades de la tierra (Donézar, 1984: 17-8). Pero además se ha

---

<sup>7</sup> El autor sigue en parte el modelo propuesto por el GRUPO '75 (1977). No obstante, me parece importante, antes de avalanzarse sobre los Mapas o Estados Generales del Catastro de Ensenada, echar un vistazo a las cautelas que en su día mantuvo PÉREZ GARCÍA (1979). Por mi parte he intentado seguir alguna de estas líneas, si bien con rectificaciones en cuanto a las cifras por razones de ocultación en YUN, 1987: pp. 455-59).

hablado de una cierta tendencia a una infravaloración de los precios (Yun, 1994b) - que, por cierto, el mismo Fernández reconoce (p. 220, nota 10)- y que explicaría que, pese a su coherencia interna, los datos que aporta la fuente no sean del todo correctos; sobre todo si se considera que los precios han constituido el multiplicador de muchos de los cálculos realizados por los funcionarios de 1750 a la hora de estimar utilidades que constituyen la base de las productividades y, por tanto, de las cifras sobre el producto agrario que manejamos.

Es probable que, pese al enorme trabajo de los funcionarios y pese a los profundos conocimientos en agronomía, en metrología e incluso en economía política del sector agrario que denota obra tan ingente, estemos ante magnitudes infravaloradas; cosa que no nos debiera sorprender si consideramos su naturaleza al fin y al cabo fiscal y la complicada trama de complicidades que se podrían dar entre los declarantes a escala local. Tampoco debería sorprendernos que, hechas las correcciones precisas y sin duda variables según áreas, cálculos como el realizado por Fernández - considerada a su vez la dificultad de definir la población activa del sector y las posibles transformaciones en este concepto entre 1750 y 1900- nos llevaran a índices de crecimiento del producto por activo agrario situados entre la banda definida por Simpson, de una parte, y por Prados, de la otra. Tan sólo una investigación -por fuerza colectiva por sus dimensiones- en este campo podría darnos una respuesta. En todo caso, se trataría de precisiones que no hacen de ésta una fuente rechazable -postura en exceso negativista a la que alude Fernández y que no cuenta, a lo que a mi me alcanza, con ningún defensor-, pero que tampoco nos deberían llevar a considerarla de una fiabilidad total, sino, justamente, a manejar las posibilidades de contraste que ofrece para introducir las correcciones pertinentes en cada caso y evitar algunas aberraciones en los resultados generales y en el reparto regional de la riqueza que se desprende de ella.

Si eso reza para 1750 y para una fuente por fortuna criticada y de la que hace Fernández un uso prudente y riguroso, lo mismo cabría decir de algunas de las que sirven al estudio de Gutiérrez Bringas. Como él mismo apunta (pp. 269-70 y también Gutiérrez y Coll, 1994: 345 y 346) y como a todas luces reflejan los propios datos presentados, las cifras aportadas por los cuadernos de riqueza de 1818 parecen infravaloradas<sup>8</sup>. Ya que el autor las toma como su principal punto de referencia para

---

<sup>8</sup> Nótese además que las cifras de 1818 reflejan rendimientos muy bajos para algunos cultivos que es preciso explicar y que, sin duda, están a la base de la caída en las cifras medias por provincias y, sobre todo, de las disparidades, inexplicables en algunos casos, entre ellas. Así, se constatan rendimientos (p. 270), como el de la avena (2,8 frente a 4,8 en 1750), el maíz (6,5 frente a 12,3), los garbanzos (2,9 frente a 4,4), algarrobas (1,5 frente a 2,6), leguminosas (2,5 frente a 3,5) y olivar (0,7 frente a 1,4), que no se pueden entender sin pensar que los datos de 1818 o son cifras de un año malo o están claramente infravalorados. En cuanto a las disparidades provinciales no explicadas y resultado de desviaciones sin duda caprichosas, podrían considerarse las medias de 3,1 Qm/ha de Córdoba, 4,1 de Cádiz e incluso de 6 de Sevilla, frente a las más altas de Toledo (7,1 Qm/ha) o Zamora (6,3 Qm/ha).

Por lo que se refiere al trabajo de GUTIÉRREZ y COLL y a los aspectos del estudio de este último sobre los años posteriores a 1850, fueron comentados con detalle por Josep Pujol en la misma sección.

el período más crucial y peor documentado (el que tiene como puntos de referencia 1750, 1818 y 1870), los márgenes de equivocación en sus conclusiones me parecen bastante altos. Desde luego, es difícil esperar una rectificación de la idea dominante sobre el estancamiento de la productividad de la tierra entre 1750 y 1818 a partir de este instrumento de medición; y eso contando incluso con la posibilidad -apuntada por otros autores y recordada más arriba- de que las cifras, y, en particular, los rendimientos de la tierra del Catastro de Ensenada estuvieran ya infravalorados. Por otra parte, aun en el caso de que sea correcta la impresión positiva que el autor da de la evolución de esa magnitud entre 1818 y 1903-12, es muy probable que las conclusiones se deban matizar y que las cifras no se deban dar por definitivas. Se derivan de ello también contradicciones no aclaradas en el texto o interpretaciones equívocas<sup>9</sup>, y, en todo caso, conviene precisar que lo que se mide en este trabajo cuando se refiere a la productividad de la tierra es más bien la productividad de la tierra por simiente sembrada haciendo caso omiso de posibles combinaciones entre las distintas formas de explotación (como las que se dan, por ejemplo, entre cereal y aprovechamientos para ganado en forma de dehesas, que tanto proliferan en muchas áreas), que implican un aumento de la productividad de la tierra para su conjunto con independencia de los rendimientos particulares de cada cultivo o forma de uso. Los mismos cálculos de productividad del trabajo dejan bastante que desear. Es imposible aceptar como bueno un índice 100 para 1800 y otro 75 para 1797-99 y ello da lugar a problemas de interpretación que no cuadran con ninguna de las conclusiones<sup>10</sup>.

Esa misma crítica respecto a los resultados derivados del análisis que se hace de las fuentes se puede trasponer también a las operaciones realizadas de cara a la elaboración de instrumentos de uso ulterior en nuestros cálculos, como el deflactor elaborado por Zulaica, que, sin duda, comporta problemas a retener en el futuro. A ese respecto conviene considerar la naturaleza y representatividad conceptual de los precios elaborados. Para los siglos XIV y XV muchos de los datos utilizados son precios municipales (y a menudo precios políticos o indicativos)<sup>11</sup> o podrían constituir

---

<sup>9</sup> No se puede sustentar la opinión de que entre 1870 y 1900 se vive una etapa de "fuerte crecimiento" de la productividad de la tierra sobre la base de un aumento de los rendimientos entre 1818 y 1875 en provincias como Córdoba o entre 1818 y 1881 en Cádiz o Valencia, porque es evidente que las cifras del último momento reflejan, en todo caso, los rendimientos en los años de inicio del período 1870-1900 (p. 10). Por lo demás, tales afirmaciones -en el contexto de la idea general de que no hubo progresos en ese plano entre 1818 y 1870 que se realiza en otros pasajes del trabajo- más bien refuerzan la opinión antes expresada de la invalidez de las estimaciones de Gutiérrez Bringas para 1818.

<sup>10</sup> Si se acepta la cifra de 100, la conclusión que cabe sacar es que, más que un "estancamiento" de la productividad del trabajo en el siglo XIX habría que hablar de un claro descenso (se pasa a un índice 60 en 1890). Si se aceptara la cifra de 75 estaríamos ante un aumento de más de un 20% entre 1799 y los años 70 con un descenso posterior. Y, si -solución salomónica- lo dejáramos en la media, tendríamos un cierto estancamiento e incluso crecimiento hasta 1870 con un descenso posterior.

<sup>11</sup> Por desgracia -quizás debido a razones de espacio- Zulaica no nos indica el tipo de datos que utiliza ni su reparto temporal. Nos hemos de conformar con las referencias -aun así breves- que nos da en el libro citado y de las que no estoy seguro se desprenda una corres

variables muy poco representativas en tanto que son muy escasas y se refieren siempre a una economía en que el precio, más que una referencia de una situación de mercado, es una excepción dentro de una economía muy poco mercantilizada o en la que esta variable podía ser la resultante de una relación personal en la que intervienen componentes de todo tipo. Si se tiene en cuenta la escasez de datos, cabe la duda de hasta qué punto la abundancia estadística puede haber corregido este tipo de problemas. Pero el escollo más importante, a mi modo de ver -el anterior parece insalvable y tan sólo se puede subsanar con un uso muy prudente del deflactor-, reside en el plano de la composición del consumo de cara a la elaboración de la serie. Es de agradecer el esfuerzo del autor por ofrecer un índice ponderado. Cabe recordar que, a menudo, los historiadores han utilizado auténticos sucedáneos como el precio del trigo<sup>12</sup>. Pero parece altamente improbable que sea del todo correcta la trasposición de la composición del consumo que Ch. Dyer construyó para Inglaterra a una economía mediterránea como la que aquí se analiza. El hecho, que quizás fuera disculpable para la economía medieval, puede ser decisivo -y esta es la razón por la que le dedico estas líneas, que no son, como se ve, una crítica al trabajo de Zulaica- para la época moderna y, sobre todo, para los años 1750-1850, en que los cambios en la estructura del consumo de productos alimenticios fue muy profunda en algunas regiones peninsulares, sobre todo merced a las mutaciones en la composición del producto agrario.

\* \* \*

Hasta ahí algunas de las vías por las que, creo, los estudios comentados podrían ser mejorados de cara a contestar a los interrogantes que presidían la sección. No implican éstas que cada uno de ellos no haya respondido -en algunos casos lo han hecho brillantemente, a mi entender- a los propios de sus autores respectivos. Se trata sólo de plantear aquí una discusión más general que nos haga reflexionar a todos. Y es precisamente en ese plano, el de las reflexiones, en el que me gustaría situar unas últimas palabras que, como se verá a su término, son ya ineludibles a pesar incluso de la confusión que pudieran sembrar.

---

pondencia demasiado elevada entre los precios procedentes de fuentes oficiales y los de fuentes privadas (ZULAICA, 1994: 27). Sabemos por otra parte, de las carencias que comporta el uso de las fuentes de protocolos de cara a la reconstrucción de los precios (necesariamente se trata de tasaciones de los productos en función de múltiples variables concretas) y el peso que en ellos puede tener su reparto en el tiempo. Me gustaría, a ese respecto, recordar lo que tan sólo hace uno meses ha dicho H. Van der Wee, cuando, hablando sobre el interés de las recopilaciones de precios para esta época nos recuerda algo ya sabido pero que empieza a convertirse en un problema mayor a medida que avanzamos en la organización de bancos de datos que después puedan ser utilizados por otros historiadores: "market prices and conventional prices (or wages), for example, should not be put together in one and the same table or category. Seasonal variations should be taken into account too, and so on" (VAN DER WEE, 1995: 172).

<sup>12</sup> Es lo que se realiza, por ejemplo, en el estudio de SNOOKS (1994), donde se utiliza el precio del trigo como deflactor nada más y nada menos que para casi mil años de historia, dando por supuesto que la composición del consumo -y por tanto el marco de referencia para la construcción de tales índices- no ha variado desde finales del siglo XI.

He realizado aquí una serie de propuestas. Han quedado en el tintero otras que espero maduren en el esfuerzo, personal pero colectivo, de muchos de nosotros<sup>13</sup>. Llama la atención, por ejemplo, la escasez en nuestro país de estudios que se hayan intentado aproximar a las magnitudes agrarias de la época moderna a través del análisis del consumo. Como mucho se podría hablar de un par de trabajos centrados en el siglo XVI y algunas reflexiones sobre el XVIII. Eso contrasta con lo ocurrido en otras áreas; y no me refiero ya a países pequeños y fácilmente controlables en ese sentido o a períodos cercanos en el tiempo, sino -por poner un ejemplo- a zonas de Europa, como Polonia, a la que Wyzanski dedicó hace años unas notas (1971) que desconozco si han tenido continuadores. Es asimismo llamativo el uso escaso que se ha hecho de las estimaciones de los coetáneos. Quizás sea que no disponemos aquí de nada parecido al instrumento que los historiadores británicos -y también los franceses (Toutain, 1961) y holandeses<sup>14</sup>- han encontrado en las famosas tablas de Gregory King, una base documental que, pese a sus críticas, se sigue utilizando con asiduidad (Lindert y Williamson, 1982)<sup>15</sup>. De hecho, exceptuando algunos cálculos efectuados a partir de las noticias que A. Young da para fines del siglo XVIII (Prados, 1988: 77-81, 1993: 271-4), son muy pocos los trabajos planteados en ese sentido. E igualmente llamativo es que se haya recurrido en muy escasa medida a planteamientos más teóricos -a veces con más alto grado de formalización que de información empírica-aplicados a otros países. Por ejemplo, son muy pocos los trabajos que se han aproximado al cálculo de la renta nacional a partir de la circulación monetaria. Aunque hay algunos trazos, por lo demás de relativo interés para lo que más específicamente se refiere al producto agrario, en el estudio de Gentil Da Silva (1967: 110-115), tan sólo se podría citar el análisis, cuyos resultados él aporta con la prudencia al caso como provisionales, de G. Tortella (1983); un estudio que se referiere ya al siglo XIX. Brillan asimismo por su ausencia ejercicios como el que los mismos Coll y Gutiérrez Bringas brindan en el trabajo incluido en la segunda parte de esta sección<sup>16</sup>. Del mismo modo, tampoco ha cuajado el método propuesto por P. Bairoch (1977), de calcular la renta nacional -de la que, repito, es parte integrante el producto agrario y puede servir para aproximarse a éste- a partir de los niveles y las rentas salariales; un método que, pese a sus críticos, todavía sigue coleando en algunos estudios recientes (Malanima, 1994: 61), si bien en este caso como puro acompañamiento para contrastar resultados más sólidamente contruidos. Y lo mismo se podría decir de presupuestos, como los

---

<sup>13</sup> Una valoración de las posibilidades de aplicación de las categorías de la contabilidad nacional a las economías preindustriales en el trabajo, por desgracia inédito, de J. BLOMME (1993).

<sup>14</sup> Para una combinación de diferentes métodos de cálculo para diversos países, donde se puede encontrar un breve resumen de la situación de Holanda a partir de los datos de G. King, véase GOLDMISTH (1987: 200-204).

<sup>15</sup> Véase los trabajos, citados más arriba, del propio SNOOKS (1994, p. ej.).

<sup>16</sup> Véase (1995a) y, más recientemente, COLL y GUTIÉRREZ-BRINGAS, 1995b, que constituye una versión retocada del estudio presentado a este congreso y que por desgracia no he podido aprovechar, pero cuya disponibilidad quiero agradecer a los autores, quienes me lo hicieron llegar cuando redactaba estas páginas.

de Wrigley, quien postulaba la posibilidad de medir la productividad del sector agrario mediante el análisis de la proporción de bocas que se podían alimentar por cada cien campesinos; una idea que, reducida más bien a la relación entre población urbana y población rural, ha sido utilizada recientemente por J. L. Van Zanden para varios países europeos, España incluida (1994).

Todo ello debería hacernos reflexionar sobre las posibilidades de aproximación a un tema en el que, como va dicho, parece que se avanza por el método de la prueba, así como sobre la necesidad de no rechazar, de entrada, ninguna ayuda; pero nos debe llevar también a una serie de presupuestos restrictivos. El primero es de carácter general: es evidente -sin esta condición el citado método de aproximación no es válido en absoluto- que no sólo los resultados, sino los mismos datos que introducimos en nuestras fórmulas como factores, deben ser como mínimo parcialmente contrastables. De lo contrario, no estaríamos ante propuestas cuya veracidad y grado de equivocación se puede medir, sino ante lo que A. Carreras ha calificado de "hipótesis que carecen de cualquier fundamento aparte del que les da la experiencia y buen juicio de sus autores" (Carreras, 1989: 538).

El segundo supuesto a retener -y no me parece que esto se haya tenido en cuenta siempre- es el de los límites de nuestros métodos y variables utilizadas y, por tanto, de nuestros resultados y del uso que podemos hacer de éstos. Y es en este plano donde debo confesar la necesidad de cautelas respecto de lo que yo mismo acabo de comentar <sup>17</sup>. Aunque no en exclusiva, éstas parten básicamente del problema conceptual de trasponer las categorías de la contabilidad nacional a una economía precapitalista. Conceptos como Renta Nacional o Producto Interior Bruto -y, para lo que aquí nos interesa, producto agrario total- e incluso otros muchos relacionados con variables como la productividad, parten del presupuesto de que se aplican a economías en las que se pretenden medir flujos de bienes y servicios en mercados únicos. De ahí, precisamente, el que el valor de tales bienes y servicios se establezca según un precio de mercado que -damos por supuesto- ocuparía un lugar más o menos equidistante en la banda de precios de un producto. El problema estriba en que lo habitual en un país tan grande, regionalmente tan diverso y económicamente tan fragmentado como España en la Edad Moderna, no son valores únicos. Esto obliga, en realidad a actuar por regiones y es la aproximación regional la que debemos potenciar en el futuro. Pero es evidente que, al no ser esas regiones circunscripciones institucionales definidas, es muy difícil medir los flujos entre ellas y, como se ha dicho más arriba, el análisis regional puede ocultar buena parte de la realidad. Por otra parte, la información regional siempre será fragmentaria y, para algunas áreas concretas, muy insuficiente, lo que obliga a extrapolaciones no siempre fáciles, bien de datos parciales, bien de resultados. Convendría por tanto actuar desde una doble dirección, la que parte del análisis regional y la que se refiere a ámbitos más amplios, y con un planteamiento complementario que permita criticar los resultados de cada una de las orientaciones.

---

<sup>17</sup> Algunos de estos problemas han sido ya expuestos en otro foro donde no se trataba específicamente del sector agrario (1994a, 1994b); pero no resisto la tentación de expresarlos aquí de nuevo por lo que pudieran tener de positivo de cara a la discusión.

Sin embargo, tampoco esto solucionará los problemas y, desde luego, no evitará la necesidad de cautelas en el uso de las cifras resultantes.

Una de las más importantes se deriva del problema de los precios utilizados en los cálculos. Se precisa, para empezar, de una multitud de índices de precios regionales, lo que supone la construcción de deflatores para cada área; estos deberían tener en cuenta no sólo las diferentes estructuras del consumo sino los cambios operados en ellas, sobre todo en momentos de mutaciones decisivas, como el que va de 1750 a finales del siglo XIX. Convendrían asimismo para nuestros cálculos globales, estimaciones a escala más amplia. Pero también en este caso los problemas se agrandan. En alguna ocasión se ha utilizado un índice de precios para todo el país, como el elaborado por Reher y Ballesteros (Yun, 1994b), y es lo que se hace en alguno de los estudios citados más arriba como el de Snooks. Pero eso no evita los problemas. Wyzanski hizo ver hace tiempo las diferencias de precios entre campo y ciudad en Polonia y las dificultades que eso implica en el cálculo de las macromagnitudes a partir de las cifras de consumo (1971: 109) y yo mismo llamé la atención sobre el hecho de que, a principios del siglo XVII, la diferencia de precios del trigo entre Castilla la Nueva y Castilla la Vieja podía ser, en algunas décadas para las que tenemos datos, de hasta un 75% por ciento (1994b). Teniendo en cuenta que la variable precio se utiliza como multiplicador del producto físico en el cálculo del producto agrario total, esto quiere decir que tal magnitud puede desviarse también en torno a un 75% arriba o abajo, según el precio que se elija; cantidad ésta mucho más alta que los márgenes de error que habitualmente se piden a estas cifras <sup>18</sup>. Y basta comprobar las profundas diferencias en el precio del trigo a fines del siglo XVIII -que entre Barcelona y Valladolid podían ser de más de un 150% más caro en la primera plaza (Garrabou y Sanz; 1985: 188)- para percibir las dificultades al respecto e incluso las difíciles decisiones que implicaría optar por una media pura y simple o por un deflactor único, como el de Sardá, que a veces se emplea para todo el país. Si a esto añadimos que para la época moderna las referencias disponibles son escasas y, por tanto, escasa la posibilidad de desplazar nuestros cálculos en el tiempo con vistas a seleccionar el momento en que se pueda contar con las variables más coherentes, se podrá comprender que el grado de precisión de nuestras estimaciones habrá de ser, por fuerza, muy limitado <sup>19</sup>.

---

<sup>18</sup> Debo recordar que P. Bairoch, precisamente uno de los pioneros en proceder a este tipo de cálculos y para los que siempre ha pedido una cierta comprensión por tratarse de estimaciones que se movían en el plano de "ordres de grandeur", pensaba que su margen de error se debía mover en torno a un "10-20% pour les valeurs courantes et 25-30% pour les revenus réels" (1977: 178-9). Lógicamente tales errores se reducen al ajustar las cifras con el índice de precios; pero lo dicho es ya lo suficientemente importante como para ser cautos a la hora de elegir coherentemente ambas variables -los precios y el deflactor- y a la hora de interpretar cifras referentes a conjuntos muy amplios cuando éstas se han obtenido utilizando los precios de un área o de varias y el deflactor tiene un origen diferente.

<sup>19</sup> Pese a que se mueve en otro plano de análisis -el de la medición del crecimiento industrial- no resisto la tentación de recomendar al lector interesado en evaluar el peso del deflactor en las cifras estimativas de las fluctuaciones económicas, el excelente trabajo de J. CUENCA (1994) sobre el precio de los textiles ingleses y los efectos que el índice de precios de los tejidos de algodón pueden tener en los resultados finales sobre la actividad del sector.

De manera análoga, las dificultades también existen cuando se utilizan estimaciones de los coétaneos. Las críticas que en su día Le Roy Ladurie (1968) hiciera al trabajo de Toutain y al uso por parte de éste de las cifras procedentes de G. King, que a la postre se reducían todas a las puras impresiones de Vauban, deberían ser suficientes para concluir que el principal peligro estriba en que, a menudo, estos autores hablan de impresiones cuyo proceso mental de elaboración ni siquiera nos es posible suponer<sup>20</sup>. Cuando esto no es así y sí que se dan cantidades más desglosadas, como ocurre con las que el propio G. King ofrece para Inglaterra, los debates suscitados al respecto y, en particular, las críticas de Lindert y Williamson (1982) deberían ser suficientes para no darlas por ciertas previa contrastación con otros métodos de análisis. Asimismo, no convendría olvidar los problemas que los cálculos demasiado simples o demasiado formalizados pueden traer consigo. Cuando se aplican métodos como el de Bairoch a las economías preindustriales se olvida que la correspondencia entre rentas salariales y renta nacional es todavía más insostenible para economías en que el trabajo es mercancía tan sólo en casos muy excepcionales y en las que esta magnitud adolece de los mismos problemas que antes he referido al hablar del precio. En cuanto al uso de la cantidad de moneda en circulación y de la velocidad monetaria como referencia, es evidente que sólo es posible bajo el supuesto de que todos los bienes y servicios son objeto de transacción mercantil, lo que no se cumple en absoluto para economías preindustriales en que la mayor parte de ellos se transfieren por otros métodos o no salen a los circuitos mercantiles. Y no estaría de más intentar aprender en cabeza ajena volviendo al trabajo sobre Francia de Riley y McCusker (1983), quienes han planteado serias dudas sobre la posibilidad de aplicar la ecuación de Fisher a las economías preindustriales y, por tanto, a la posibilidad de ver una correlación entre la evolución de la velocidad monetaria y el ingreso en el largo plazo.

En suma, el avance en este campo exige un diálogo continuo entre la historia regional y la historia de los conjuntos más amplios, así como una pluralidad de perspectivas que lleven a resultados contrastables en sí mismos y entre sí. Pero ese mismo proceso de multiplicación de métodos implica el aumento de las cautelas respecto a su aplicación. Y supone asimismo que las cifras serán siempre muy provisionales y dependientes de avances en la investigación en campos muy dispersos que rebasan las áreas más específicas de interés de aquellos que se han dedicado al tema. Campos que van de la historia del consumo, al análisis de los niveles salariales y de vida o que se extienden a la historia fiscal o de la distribución de la renta y otros muchos. En definitiva, el avance en este campo dependerá de la madurez y desarrollo de la historia económica -y para lo que a nosotros más nos interesa de la historia agraria- de cada país.

Pero esa madurez se debe considerar no sólo en el plano de la cantidad y calidad de los estudios producidos y de los datos que es capaz de generar. También se la debe entender en el plano del uso que se hace de los resultados. Por ejemplo, conviene tener en cuenta que, puesto que las cifras resultantes se mueven siempre

---

<sup>20</sup> También en el caso de Holanda ha habido críticas sobre la utilización de las cifras de King. Véase DE VRIES (1984:155).

en el espectro de un orden de magnitud, su uso para mediciones en exceso finas es limitado. Simplemente: aumentar o disminuir una determinada cifra de ingreso "per capita" en una pequeña proporción puede cambiar por completo la idea de un proceso de crecimiento o crisis que apenas si se mueve en una banda en torno a cifras del 0,3% anual en términos acumulativos. O, por poner otro ejemplo, el historiador deberá estar siempre atento al modo en que se ha llegado a las estimaciones antes de usarlas. Se podrían dar ironías como la de intentar llegar a cifras de renta "per capita" o de consumo por persona a partir de cifras globales que han sido construidas, precisamente, mediante suposiciones y peticiones de principio en este sentido.

Nuestra propia idea de crecimiento económico depende de todo ello y de nuestra capacidad de plantearnos los cálculos con sentido crítico. Y, si ya nuestra disciplina se encuentra entre aquellas que progresan sin grandes discontinuidades, por equivocación y con lentitud, este es un campo en el que -debido a sus características peculiares- más vale no esperar grandes revoluciones, certezas absolutas e incontrovertibles o verdades rápidamente admitidas.

## COMUNICACIONES COMENTADAS

- BARQUÍN GIL, R. "Precios del trigo en el Norte de España (1814-1883)".
- BLANCO VACA, C. "La integración de los mercados agropecuarios en el desarrollo capitalista agrario de Navarra, 1790-1890"
- CORONAS VIDA, L.J. "Producción agraria en el partido y en el término de Burgos: 1776-1878".
- GAMERO, M Y M. PARIAS, "Mercado y precios".
- GUTIÉRREZ BRINGAS, M.A. "La productividad agraria en España, 1752-1945".
- HERNÁNDEZ GONZÁLEZ, A. "El catastro de Ensenada y las macromagnitudes agrarias. Reflexiones a partir del caso gallego",
- IBÁÑEZ RODRIGUEZ, S. "Especialización agraria en el alto Ebro (La Rioja): la cultura del vino, 1500-1900".
- PÉREZ GARCÍA, J.M. "Evolución de un modelo agrario en la Vega Baja del Esla: 1700-1850".
- PERIS ALBENTOSA, T. "Evolución de la agricultura valenciana (s. XV-XIX): rasgos cualitativos y problemas de cuantificación".
- ZULAICA PALACIOS, F. "Construcción del deflactor de precios en una economía preestadística: Aragón, 1300-1430".

## BIBLIOGRAFIA CITADA

- BAIROCH, P. (1977), "Estimations du revenu national dans les sociétés occidentales préindustrielles et au XIXe siècle", en *Revue Economique*, núm. 18, pp. 177-207.
- BLOMME, J (1993) "Application of the system of national accounts to a pre-industrial economy: an evaluation of the different approaches" (Texto mecanografiado)

- BLOME, J Y VAN DER WEE, H. (1994), "The Belgian economy in a long-term historical perspective: economic development in Flanders and Brabant, 1500-1812", en A. Maddison y H. Van der Wee, eds, *Economic growth and structural change. Comparative approaches over the long run*, Milán, Universidad Bocconi, pp. 77-96.
- BRUMONT, F (1994), *Paysans de Vieille-Castille aux XVIe et XVIIe siècles*, Madrid, Casa de Velázquez.
- CARRERAS, A. (1989), *Estadísticas históricas de España. Siglos XIX-XX*. Madrid.
- CUENCA ESTEBAN, J. (1994) "British textile prices, 1770-1831: are British growth rates worth revising once again?", en *The Economic History Review*, Vol. XLVII, núm. 1, pp. 66-101.
- DE VRIES, J. (1984), "The decline and the rise of the Dutch economy, 1675-1900", en G. Saxonhouse y G. Wrigth (eds.), *Technique, spirit and form in the making of the modern economies: Essays in honour of William N. Parker: a research annual*, Greenwich, pp. 153-168.
- DONÉZAR, J.M. (1984), *Riqueza y propiedad en la Castilla del Antiguo Régimen. La provincia de Toledo en el siglo XVIII*. Madrid, Instituto de Estudios Agrarios, Pesqueros y Alimentarios.
- GARRABOU, R. Y J. SANZ (1985) "Introducción", en *Historia agraria de la España contemporánea*. Vol 2. *Expansión y crisis (1850-1900)*. Barcelona, págs. 7-191.
- GENTIL DA SILVA, J. (1967), *Desarrollo económico, subsistencia y decadencia en España*, Madrid, Editorial Ciencia Nueva.
- GOLDSMITH, R. W. (1987), *Premodern financial systems. A historical comparative study*, Cambridge, Cambridge University Press.
- GOY, J. Y E. LE ROY LADURIE (1969), *Les fluctuations du produit de la dîme*, París, La Haya. Mouton, Ecole Pratique des Hautes Etudes.
- GRUPO '75, (1977), *La economía del Antiguo Régimen. La "Renta Nacional" de la Corona de Castilla*, Madrid, Universidad Autónoma de Madrid.
- GUTIÉRREZ BRINGAS, M.A. (1993), "La productividad de la tierra en España, 1752-1930: tendencias a largo plazo", en *Revista de Historia Económica*, Vol XI, núm. 3 pp. 505-538.
- JONES, E. L. (1990) *El milagro europeo. Entorno, economía y geopolítica en la historia de Europa y Asia*. Madrid, Alianza Editorial.
- LE ROY LADURIE, E. (1966), *Les paysans de Languedoc*, París-La Haya, Ecole Pratique des Hautes Etudes y Mouton, 2 vols.
- LE ROY LADURIE, E. (1968), "Les comptes fantastiques de Gregory King", en *Annales, Economies, Sociétés, Civilisations*, pp. 1086-1102.
- LINDERT, P. H. Y WILLIAMSON, J. (1982), "Revising England's social tables 1688-1812", en *Explorations in Economic History*, núm. 19.
- MADDISON, A. (1986), *Las fases del desarrollo capitalista. Una historia económica cuantitativa*, Méjico, Fondo de Cultura Económica.
- MADDISON, A. (1991), *Historia del desarrollo capitalista. Sus fuerzas dinámicas. Una visión a largo plazo*. Barcelona, Editorial Ariel.
- MALANIMA, P. (1994) "Italian economic performance: output and income 1600-1800", en A. Maddison y H. Van der Wee, eds, *Economic growth and structural change*.

- Comparative approaches over the long run*, Milán, Universidad Bocconi. pp. 23-36.
- MARCOS MARTÍN, A (1985). *Economía, sociedad, pobreza en Castilla: Palencia, 1500-1814*. Palencia, Diputación Provincial de Palencia.
- PÉREZ GARCÍA, J. M. (1983), "La agricultura gallega a mediados del siglo XVIII a través de sus rendimientos. Una respuesta alternativa", en *Congreso de Historia Rural. Siglos XV al XIX*, Madrid, Casa de Velázquez, Universidad Complutense. pp. 415-450.
- PÉREZ GARCÍA, J.M. (1979), "Algunas reflexiones en torno a la utilización de los resúmenes generales de la Unica", en *Estudis d'Historia Agraria*. núm. 3, pp. 101-137.
- POLLARD, S. (1994) "Regional and inter-regional economic development in Europe in the eighteenth and nineteenth centuries", en *Session A1: The Changing relationships of European Regions. Division and Cooperation: fourteenth-nineteenth Centuries. Debates and controversies in economic history*. Milan, 1994. pp. 57-92.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, L (1988), *De imperio a nación. Crecimiento y atraso económico en España (1780-1930)*, Madrid, Alianza editorial.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, L (1989), "La estimación indirecta de la producción agraria en el siglo XIX: Réplica a Simpson" en *Revista de Historia Económica*, VII, núm. 3, pp. 703-718.
- PRADOS DE LA ESCOSURA, L (1993), "La pérdida del Imperio y sus consecuencias económicas", en Prados de la Escosura, L y Amaral S. (eds.), *La independencia americana: consecuencias económicas*. Madrid, Alianza editorial.
- REHER, D.S, Y E. BALLESTEROS, (1993), "Precios y salarios en Castilla la Nueva: la construcción de un índice de salarios reales, 1501-1991", en *Revista de Historia Económica*, núm. 1, pp. 101-151.
- RILEY J.C. Y McCUSKER, J.J. (1983), "Money supply, economic growth and the quantity theory of Money: France, 1650-1788, en *Explorations in Economic History*, núm. 20, pp. 274-293.
- SIMPSON, J. (1989a), "La producción agraria y el consumo español en el siglo XIX", en *Revista de Historia Económica*, VII, núm. 2, pp. 355-388.
- SIMPSON, J (1989b), "Una respuesta al profesor Leandro Prados de la Escosura", en *Revista de Historia Económica*, VII, núm. 3, pp. 719-723.
- SNOOKS, G. D. ed. (1994), *Was the Industrial Revolution Necessary?* Londres-Nueva York, 1994.
- SNOOKS, G. D. (1994), "The dynamics of the very long-run economic change: England, 1000-2000", en A. Maddison y H. Van der Wee, eds, *Economic growth and structural change. Comparative approaches over the long run*, Milán, Universidad Bocconi. pp. 23-36.
- TORTELLA, G. (1983), "National income estimation by means of monetary variables. The case of Spain, 1772-1972. Some preliminary results", en R. Fremling y P. K. O'Brien (eds.), *Productivity in the Economies of Europe*, Stuttgart, Klett-Cotta, pp. 133-140.
- TOUTAIN, J.C. (1961), "Le produit de l'agriculture française de 1700 à 1958. 1<sup>o</sup> Estimation du produit au XVIII<sup>e</sup> siècle. II. La Croissance", en *Cahiers de l'Institut de Science économique appliquée*, 115, serie AF, núm. 1, pp. 1-221 y núm. 2 pp. 1-277.

- VAN ZANDEN, J. L. (1994) "The regional paterns of agricultural development, 1500-1800" (Texto mecanografiado y previo a su presentación al XI Congreso Internacional de Historia Económica de Milán)
- VAN DER WEE, H. (1995), "Postwar research on the social and economic history of medieval Europe: some remarks on its results and on its potential for the future", en J. Hamesse, (ed.) *Bilan et perspectives des études médiévales en Europe. (Actes du premier congrès européen d'Etudes Médiévales, Spoleto, 27-29 mai 1993)* Louvain-la Neuve, Fédération Internationale des Instituts d'Etudes Médiévales), pp. 169-180.
- WRIGLEY, E. A. (1987) "Urban growth and agricultural change: England and the Continent in the Early Modern period", en *Peoples, Cities and Wealth*, Oxford, Oxford University Press, pp. 157-193 (Hay traducción al castellano en la editorial Crítica).
- WYZANSKI, A. (1971), "Le revenu national en Pologne au XVIe siècle. Premiers resultats", en *Annales, Economies, Sociétés, Civilisation*. núm. 1. pp. 105-113
- YUN CASALILLA, B (1987), *Sobre la transición al capitalismo en Castilla. Economía y sociedad en Tierra de Campos (1500-1830)*, Salamanca, Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Castilla y León.
- YUN CASALILLA, B (1994a) "Proposals to quantify long-term performance in the kingdom of Castile, 1550-1800", en A. Maddison y H. Van der Wee, eds, *Economic growth and structural change. Comparative approaches over the long run*, Milán, Universidad Bocconi. pp. 97-110.
- YUN CASALILLA, B (1994b) "Proposals to quantify long-term performance in the kingdom of Castile, 1550-1800", (Versión extensa mecanografiada y corregida de Yun, 1994a).
- ZULAICA PALACIOS, F. (1994), *Fluctuaciones económicas en un período de crisis. Precios y salarios en Aragón en la Baja Edad Media (1300-1430)*. Zaragoza, Institución 'Fernando el Católico'.